

El devenir de la condición humana ante el avance tecnocientífico: la cuestión de los límites

Elizabeth Padilla

Universidad Nacional del Comahue

Resumen

Las distintas formas de intervención que nos propone la tecnociencia en el cuerpo y la psiquis humana movilizan en forma dramática muchos interrogantes, los cuales repercuten sobre una noción fundamental: la condición humana. En nuestra época asistimos con beneplácito a las intervenciones de la biotecnología cuando logran evitar enfermedades que en otras décadas hubiesen sido de imposible tratamiento. No obstante, aún con sus éxitos, tememos que nos conduzcan paulatinamente a la creación de sujetos con rasgos distintos a los de la especie *homo sapiens*. Creemos que lo que está en juego, de seguir por ese camino, es la misma naturaleza o condición humana y consideramos que como sociedad debiéramos ser más conscientes. Al respecto, se argumenta o bien a favor de conservar ciertos rasgos de nuestra condición como innegociables, o bien de aceptar que no hay condición preexistente que debiera ser defendida tal cual. El objetivo del artículo es indagar acerca de esos interrogantes apelando, por un lado, a la posición teórica de Hans Jonas como defensor de la herencia por evolución y, por otro, a la de los que, a partir de sostener la inexistencia de una condición humana dada, discuten sobre la posibilidad de tomar las riendas de nuestra propia evolución a través de la tecnociencia.

Palabras clave: tecnociencia – condición humana – evolución – naturaleza

Summary

The different forms of intervention proposed by technoscience in the body and the human psyche dramatically mobilize many questions, which have an impact on a fundamental notion: the human condition. In our time, we welcome biotechnology interventions when they manage to avoid diseases that in other decades would have been impossible to treat. However, even with their successes, we fear that they will lead us gradually to the creation of subjects with different characteristics to those of the *homo sapiens* species. We believe that what is at stake, of continuing along that path, is the same nature or human condition and we consider that as a society we should be more aware. In this regard, it is argued either to preserve certain features of our condition as non-negotiable, or to accept that there is no pre-existing condition that should be defended as is. The objective of the article is to inquire about these questions by appealing, on the one hand, the theoretical position of Hans Jonas as an advocate of inheritance by evolution and, on the other,

that of those who, from sustaining the absence of a condition Given human, they discuss the possibility of taking the reins of our own evolution through technoscience.

Keywords: technoscience - human condition - evolution - nature

Introducción

La posibilidad cada vez más próxima de que la tecnología en complicidad con la ciencia modifique en forma sustancial mucho de los rasgos biológicos y psicológicos que posee el hombre en su condición de *homo sapiens*, lleva consigo el planteo de muchos interrogantes. Sostenemos que entre los más importantes se encuentra el de si podemos a nivel sociopolítico determinar fundamentos que nos permitan establecer límites éticos a esas modificaciones.

Ahora bien, consideramos que el establecimiento de límites supone haber resuelto una cuestión previa, ésta es: ¿qué es el hombre? De acuerdo a qué entendamos por naturaleza, esencia o condición humana que nos permita caracterizarla será, por consiguiente, el tipo de intervención que se habilitará como adecuada, impropia o peligrosa, ya que existe una estrecha vinculación entre las conceptualizaciones con que vamos al mundo y el tipo de acciones o técnicas que emprendemos en él. Por supuesto, con esto no queremos aseverar algo así como una cuestión de precedencia: primero conceptualizaciones y luego acciones y, en nuestro caso, técnicas, puesto que también es factible que primero poseamos las técnicas y luego emprendamos la elucidación de los conceptos involucrados y con ello la evaluación de los riesgos de sus aplicaciones. Sostenemos que los conceptos y las acciones están implicados en un complejo continuo. En otras palabras, toda acción presupone conceptos que la habilitan y, de la misma manera, toda conceptualización lleva en sí el germen de las acciones posibles. En ese sentido, aceptamos que, en principio, cada vez que intervenimos en lo humano es porque poseemos alguna noción (explícita o no) respecto a qué consistiría serlo de modo pleno. Así, la intervención procuraría la conservación de un estado de lo humano que se considera valioso en sí mismo, y por ello, la necesidad de reparar, vía modificación artificial, la carencia de ciertos factores que impiden que ese estado de plenitud⁸ sea alcanzado. Por otra parte, una vez iniciada la intervención, ¿cuándo deberíamos detenernos en la búsqueda de plenitud o bienestar humano? Ante los intentos de bosquejar la respuesta, vemos que la cuestión

⁸ Aquí entiendo por plenitud no un estado de perfección desde el punto de vista ético, sino el estado en que el individuo se desenvuelve dentro del margen de las posibilidades dadas por configuración natural original.

retorna al asunto inicial: ¿qué entendemos por humano en virtud de lo que podemos hacer a partir del nivel técnico alcanzado? Sin ir más lejos, sabemos que la enfermedad es un estado a evitar gracias a la medicina, pero ¿qué pasaría si se considerara a la vejez directamente una enfermedad?, ¿dejaría de ser un rasgo esencial a nuestra condición? y ¿qué sucedería con la finitud si nuestra existencia fuera prolongada -de modo artificial- indefinidamente? Sabemos que algunas teorías filosóficas definen al hombre como el ser para la muerte, por tanto, si la mortalidad pudiera eludirse, consideraríamos que los individuos que gozaran de ese beneficio pondrían en dudas su condición humana respecto a la nuestra, seres corruptibles y mortales.

Es objetivo de este artículo indagar las dificultades que conlleva la vinculación entre aquello que los avances tecno-científicos habilitan a nivel de prácticas y la falta de una evaluación adecuada de las consecuencias de dichas aplicaciones en las consideraciones acerca de qué entendemos como condición o naturaleza humana.

I

En la actualidad, observamos un desfase cada vez mayor entre lo que podemos hacer y la evaluación y/o conceptualización de sus efectos. Por un lado, contamos con las técnicas, pero por otro, no poseemos los insumos conceptuales apropiados para evaluar las consecuencias de aquellas para, de este modo, establecer límites razonables. Uno de los motivos es que mucho de los conceptos que poseemos surgieron en contextos distintos a los actuales, o más o bien, fungieron como respuesta a los problemas particulares de cada época, de ahí que no resulte apropiada su transferencia sin mediar una seria reflexión crítica.

Una muestra de la distancia entre lo realizable y lo posible de ser evaluado a los fines de prohibir tal realización, lo advertimos muy bien en el caso que se detalla a continuación. Desde el año 2012 existe una técnica de “edición” o “corrección” de genes conocida por las siglas CRISPR/Cas9.⁹ Se trata de una herramienta molecular, bastante accesible a cualquier laboratorio genético de complejidad intermedia. La misma surgió de investigar los mecanismos que les permitían a algunas bacterias defenderse de enfermedades originadas por virus. Ahora bien, sólo se pudo contar con ese procedimiento una vez que fueron mapeados los genomas de algunas bacterias y otros microorganismos. En efecto,

⁹ En el año 2012, las Dras. Emmanuelle Charpentier y Jennifer Doudna publicaron un artículo en la revista *Science* en el que se demostraba cómo convertir una maquinaria natural descubierta en bacterias en una herramienta de edición “programable”, que sirviera para cortar cualquier cadena de ADN *in vitro*. Es decir, lograban programar el sistema para que se dirigiera a una posición específica de un ADN cualquiera y lo cortaran de acuerdo a los objetivos del investigador.

conocida la estructura del ADN, la técnica permitió cortar moléculas de ADN de una manera muy precisa y controlada, reproduciendo de ese modo el comportamiento de las bacterias para contrarrestar el ataque de los virus. Como es de imaginar, saber cómo opera tal mecanismo fue la llave que abrió los secretos de cómo intervenir en la curación de enfermedades genéticas hereditarias. En efecto, era cuestión de identificar los genes que provocan la enfermedad, para luego utilizar la técnica y así reparar el daño producto de una herencia defectuosa. No obstante, y aun cuando la misma es aplicada con fines loables, no podemos desconocer los riesgos de su uso inadecuado, ya que la utilización de esta herramienta en la “edición” de humanos podría conllevar efectos impredecibles para las generaciones futuras. Y esto es así, pues si bien la comunidad científica conoce bastante sobre la estructura del ADN, lo que ignora todavía es mucho; por ejemplo: ¿es previsible el comportamiento del ADN a partir de modificaciones introducidas? En otras palabras, ¿el ADN sólo resulta alterado en lo que respecta a lo que queremos evitar o bien surgen -a partir de ello- nuevas interacciones de efectos imprevistos? Advertimos que al día de hoy los investigadores focalizan su interés en explicar por qué el ADN posee tanta información redundante cuya función se desconoce. Con esto queremos señalar que el conocimiento que se posee es demasiado escaso frente a todo lo que se ignora, de ahí la necesidad razonable de propiciar actitudes prudentes a nivel de las aplicaciones.

No obstante, no pasó mucho tiempo para que se supiera que esta técnica fue usada más allá de los límites de lo prudencial. En efecto, en el año 2018, en el marco de una cumbre sobre el Genoma Humano celebrada en Hong Kong, el científico chino He Jianku anunció que engendraron, a través de la técnica CRISPR, mellizas inmunes al HIV/SIDA. Por tanto, si esto es cierto, y no se trata de una *fake news*, actualmente coexistirían individuos -¿también humanos? nos preguntamos con justa razón- invulnerables a un tipo de enfermedad, mientras que el resto se encontraría en abierta desventaja biológica en relación a esa diferenciación; iniciándose algo así como un tipo de “aristocracia” biológica. Esta posibilidad nos hace recordar ciertas prácticas eugenésicas aplicadas en otras épocas. Como es de suponer, la noticia generó gran conmoción en el mundo científico, ya que jurídicamente la mayoría de los países adhieren a un protocolo por el cual se prohíbe el uso de esta técnica en humanos. En el caso chino, la noticia trascendió y provocó la airada reacción de la comunidad científica contra los investigadores participantes y el repudio contra aquellos que habilitaron la violación a protocolos de seguridad internacional. A raíz de este incidente, no resultan entonces inverosímiles las fuertes sospechas de que son más comunes los ensayos en esa dirección de lo que estamos dispuestos a creer. Pareciera que la simple disponibilidad de los procedimientos, -y a pesar de las muchas advertencias en contrario- autorizara a los que cuentan con los recursos

necesarios a llevarlos adelante en forma efectiva. Y esto es debido a que en el mundo tecno-científico está bastante extendida la convicción de que “si algo se puede hacer, por qué no llevarlo adelante”. De este modo, los que utilizan este tipo de herramienta genética (como en el caso chino) parecen desentenderse o subestimar los efectos impredecibles, ya que el objetivo que manifiestan al aplicarla -¿quién se atrevería a ponerlo en duda?- es mejorar “lo dado” a partir de lo disponible. A fin de que no haya sospechas sobre en qué consiste la “mejora”, los investigadores se ocupan de afirmar que el propósito es evitar el sufrimiento causado por una combinación genética defectuosa. Como se advertirá, no se trata de manifestar buenas o malas intenciones, ya que el núcleo del peligro reside en la imprevisibilidad a largo plazo de los efectos. Y acerca de esto, ni la comunidad científica puede ofrecer certeza, ya que tal posibilidad de intervención abre la puerta a que no sólo ese tipo de herencia justifique la utilización de técnicas de edición genómicas. En efecto, podríamos pensar en otros rasgos que, si bien están muy lejos de tener la gravedad de las enfermedades mencionadas, podrían obstaculizar o poner en serias desventajas -en determinadas culturas- a los individuos que los posean. Por ejemplo, muchos considerarían que los individuos de baja estatura se encuentran en inferioridad de condición respecto a los de estatura media. Algunas de esas dificultades podrían estar relacionadas con la merma de oportunidades en la elección de parejas de procreación. En el caso de los hombres, en nuestra cultura -todavía-, la estatura es uno de los caracteres que acompañan al ideal de masculinidad, y no así al femenino. De este modo, las parejas dispuestas a procrear y ante la contingencia de que un hijo herede ese rasgo u otro que lo coloque en inferioridad respecto a las oportunidades ofrecidas por la sociedad, podrían modificarlos sustituyendo una herencia por otra, esta última, la elegida. Así, se concretaría el viejo deseo eugenésico de producir individuos diseñados desde su constitución, atendiendo a los ideales de los progenitores, de la comunidad, de la cultura o del estado. Al respecto, sostenemos que tal individuo se encontraría determinado -aun cuando fuera en su propio beneficio- y, esto desde antes de nacer, en un sentido esencial. Habría, pues, una determinación que lo pondría en situación de condicionamiento inevitable en relación a los que lo diseñaron.

Veamos otro caso, quizá más polémico. Supongamos que una pareja de sordos sabe que su hijo no heredará este rasgo, entonces podrían decidir intervenir para que lo posea, pues consideran valiosa su posesión. De hecho, hay asociaciones con miembros de esas características que se auto-perciben a sí mismos como una minoría cultural igual a cualquier otra, con rasgos identitarios propios, tanto desde el punto social como cultural, y esto desde el momento en que no

consideran a la sordera como discapacidad o enfermedad.¹⁰ De acuerdo al ejemplo referido, y de concretarse la intervención, nos encontraríamos con un individuo cuyas características responden a un proyecto concebido por los progenitores e instrumentalizado por los recursos que le ofrece la tecno-ciencia.

II

Antes de que fueran posibles estas intromisiones, no teníamos más remedio que ponernos en manos de cierta justicia neutral administrada por la naturaleza, pues nuestra expectativa vital de bienestar o de carencia de él, resultaba de la aleatoriedad de los procesos naturales y no del control artificial. Percatarnos de que podríamos ser resultado de un plan previo que obedece a los propósitos de otros, despierta sentimientos de temor e inquietud, ya que una cosa es reconocernos producto del deseo inconsciente de nuestros padres -a la Freud, por ejemplo- y otra muy distinta, es saber que ese deseo se ha concretizado en un diseño mediatizado por la tecno-ciencia, que somos nosotros. Ahora bien, reconocer la circunstancia de que fuimos diseñados, ¿nos hace menos libres? Considero que sí, o al menos no podemos ignorar los efectos de tal conocimiento, dado que sostenemos que nuestras elecciones futuras están atravesadas por ese dato que nos constituye. Por tanto, la intervención intencional en la configuración de los rasgos y capacidades supondrá, desde el punto de vista ontológico, una disminución de nuestra libertad. Los que defienden que sea la naturaleza la que finalmente decida, consideran que lo mejor es mantener la herencia adquirida y bajo ningún motivo modificarla, pues el riesgo es grande.

En coincidencia con estas conclusiones, el notable filósofo Hans Jonas afirma en su libro *Principio responsabilidad* que un deber ético fundamental es la defensa del “carácter sacrosanto del sujeto de la evolución”.¹¹ Fundamenta que de lo que se trata es de conservar la herencia de una evolución precedente, “la cual no puede ser tan mala, ya que parece haber dotado a sus actuales titulares de la capacidad de juzgar sobre lo bueno y lo malo” (op. cit., p.74). En efecto, nuestra capacidad de generar conocimiento, el cual nos condujo al actual dominio tecno-científico, ha sido fruto de una previa evolución natural.

¹⁰ Oviedo, A., en *La Cultura sorda. Notas para abordar un concepto emergente*, afirma que: “existe en la actualidad un movimiento que pugna por imponer una definición antropológica-cultural de la sordera, que defiende la visión del sordo como una minoría cultural opuesta a las visiones médicas asistencialistas según las cuales el sordo es un individuo enfermo o discapacitado”, Berlín, 2006. Sección artículos y reseñas en www.cultura-sorda.org/lengua-de-senas-en-la-vida-de-los-sordos.

¹¹ Jonas, H., *Principio responsabilidad. Ensayo para la civilización tecnológica*, Herder, España, 1995, p.73.

Por tanto, esa herencia no puede arriesgarse ante *los cantos de sirena* que nos ofrece la misma techno-ciencia usada en forma imprudente. Su posición ha sido evaluada como tecnófoba o pesimista respecto al progreso tecnológico, a lo que nuestro autor respondió que el mayor pesimismo es el de quienes tienen lo dado por algo malo o por algo carente de valor suficiente, hasta el punto de asumir cualquier riesgo por una posible mejora.¹² Para este pensador el punto de inflexión que nos obliga a modificar nuestra opinión sobre el poder de la tecnología coincide con la invención de la bomba atómica y su utilización en el exterminio de poblaciones. Sólo a partir del carácter extraordinario que ha cobrado ese suceso, sostiene el autor, hemos tomado conciencia, por primera vez en la historia de la humanidad del poder destructor del conocimiento científico en su alianza con la tecnología. Jonas, reconoce que antes de la hecatombe nuclear en Hiroshima y Nagasaki, no aparecía como necesidad perentoria la de precisar las consecuencias de las aplicaciones techno-científicas, pues no comprometían el futuro de la humanidad tal como la conocemos o con su exterminio total. Hoy, en cambio, este peligro está ante nuestra puerta, es momento entonces de establecer límites éticos a tales intervenciones.

Con el objetivo de hacer frente a lo novedoso y siniestro de la situación, Jonas propone crear las bases de una ética que, a diferencia de las clásicas -la aristotélica y la kantiana-, fundamente el establecimiento de límites a las acciones presentes con el propósito de asegurar que las consecuencias de las mismas no afecten o pongan en peligro la supervivencia de nuestra especie. Preocupado por el panorama que se avecinaba, el filósofo escribió hacia el final de su vida *Técnica, medicina y ética* en donde se propuso aplicar el *principio responsabilidad* en casos específicos; allí afirma:

el control biológico del ser humano, especialmente el genético, plantea cuestiones éticas enteramente nuevas, para las que no nos ha preparado ni la práctica anterior, ni el pensamiento anterior. Dado que es nada menos que la naturaleza humana la que entra en el ámbito del poder de la intervención humana, la cautela será nuestro primer mandato moral y el pensamiento hipotético nuestra primera tarea.¹³

Por consiguiente, debemos estar en condiciones de establecer una ética del “no” atendiendo a aquello que ocurriría de persistir con nuestras actuales injerencias en el plano humano y ambiental. De acuerdo a esta ética, no sólo somos responsables, sino también garantes de la conservación de la herencia de la evolución y del medio ambiente en donde ésta pueda prosperar.

¹² Cfr. *op. cit.*, p.75.

¹³ Jonas, H, *Técnica, medicina y ética. La práctica del principio de responsabilidad*, Paidós, Madrid, 1997, p.108.

Enfrentados a esta posición se encuentran los que consideran que la injerencia tecno-científica les permitirá hacer realidad el sueño utópico de dominar la evolución, y evitar así los errores de la denominada “lotería genética”.

III

Como vemos, el escenario que se nos presenta desde la primera mitad del siglo XX -el uso bélico de la energía nuclear, las modificaciones del genoma humano- es inédito y pone en serio riesgo todas nuestras certezas acerca de quiénes somos o en qué devendremos en el futuro como especie. Si bien el nuevo siglo ha puesto en descrédito, por un lado, los principios heredados de la modernidad occidental, tales como la noción de progreso y de bienestar producto del conocimiento y, por otro, ha reivindicado las conquistas de nuevas formas de autonomía junto a la búsqueda de un humanismo más auténtico y diverso, aun así, sostenemos que los cambios que se avecinan serán mucho más desestabilizantes de los que estamos dispuestos a aceptar. Si bien muchos sectores sociales se ocupan seriamente del asunto, ofreciendo incluso propuestas de acciones conjuntas que comprometen a distintas instituciones a nivel global, reconocemos que uno de los errores más comunes de los planteos es que tienden a colocarse o bien a favor de la tecnología o bien en su contra. En otras palabras, o son optimistas o pesimistas *per se*. Ahora bien, todos hemos tenido alguna vez la experiencia de comprobar que ni el optimismo ingenuo ni el pesimismo extremo son buenos consejeros en situaciones de crisis y cambio. Ambas posiciones provocan una distorsión en el diagnóstico de los datos que nos provee la situación, por tanto, las conclusiones a las que arribamos son erróneas.

Sin embargo, reconocemos que ambas actitudes deparan beneficios dependiendo de la evaluación de las circunstancias de la situación a estudiar, pues movilizan diferentes estrategias; o bien fomentan creencias a favor de la resolución del problema, o bien, de prevención y prudencia frente a lo desconocido. La pregunta es, ¿con qué temple la humanidad afrontara este nuevo desafío? ¿Desde el optimismo o el pesimismo? o bien desde un sitio distante de ambos extremos. La posición optimista adjudica a la técnica un carácter antropocéntrico, pues la analiza en términos de medio o instrumento al servicio del hombre. Por tratarse de un instrumento sucedáneo al hombre es controlable. La pesimista, en cambio, no reconoce a la técnica como algo propio sino como aquello que, si bien es producto del obrar, se le rebela y se impone. Hay muchos mitos en relación a esta postura, el más conocido es el de Franksenstein. Por lo tanto, en la actitud pesimista se privilegia el poner límites al desarrollo de la técnica. Como vimos, en esta posición se encuentra Jonas, quien junto a otros pensadores se ve en la necesidad de fundamentar una ética en defensa de los cambios introducidos por evolución natural. En cambio, otras tradiciones

filosóficas, frente a los mismos datos aportados por la teoría de la evolución de Darwin, sumado a los resultados de la teoría del Inconsciente de Freud y de la teoría de Copérnico, concluyen que la humanidad ha sido destronada de su lugar central en el universo y por tanto no hay motivos suficientes para conservarla tal cual.

Ahora bien, partiendo de la aceptación de esta última conclusión, ¿qué pasaría si una vez reconocida nuestra falta de excepcionalidad debiéramos aceptar que nuestra especie, tal como la conocemos -la *sapiens*-, está en vías de extinción, no por catástrofes, ni por evolución natural sino por una evolución dirigida? ¿Estamos dispuestos a considerarnos los últimos sobrevivientes de una especie pronto a ser reemplazada por otra, esta vez, resultado de la aplicación de medios artificiales? Ante este hecho, muchos podrán sostener que por fin nos encontramos en camino de recuperar nuestro lugar central, pero ahora por propia determinación, por “nuestras propias manos” y no por voluntad de algún Dios que nos modele a imagen y semejanza como su criatura privilegiada, o resultado de una evolución ciega. Así, el denominado “fin de la excepción humana” podría ser interpretado, tal vez, como la extinción de un tipo de humanidad, la que evolucionó hasta llegar al estadio del *homo sapiens*. La que la suceda tendrá como “singularidad” ser el resultado de propósitos explícitos, o bien políticos o económicos o culturales. Se trata, en fin, de tomar las riendas de nuestra propia evolución a través del dominio del azar por la intervención tecnocientífica. No obstante, podríamos sospechar -la historia ya nos ha dado pruebas de ello- de que el acceso a las técnicas genéticas será para muy pocos. Por tanto, el inevitable acceso restringido contribuirá a la aparición inédita de nuevas formas de desigualdad social más determinantes que las ya existentes.

IV

Desde el punto de vista conceptual, la aceptación de tal desafío de rasgos prometeicos supone, pues, una concepción de lo humano que lleve en sí los gérmenes de su propio cambio y reemplazo. En otras palabras, la condición que habilitaría tal posibilidad es aquella que postulara una infinita labilidad, mientras que los problemas de desigualdad generados -así opinan los de la corriente transhumanista- serían más temprano que tarde resueltos en lo concreto. Este reconocimiento de nuestra labilidad autorizaría la realización de cambios, en principio, en nuestra biología mediante la incorporación de artificios, tanto para reemplazar partes defectuosas, como para suplir las que faltan o bien -en una instancia posterior- para mejorar la *performance* de nuestras habilidades naturales o sustituirlas por otras nuevas. Sin embargo, advertimos que lo descrito no es asunto sólo de nuestra contemporaneidad tecnológica, ya que desde los tiempos tempranos de nuestra historia se han venido realizando intromisiones artificiales en nuestro cuerpo. Valga por caso, el descubrimiento reciente

por parte de arqueólogos en el Valle del Nilo de un esqueleto que todavía conservaba una prótesis realizada en madera y que completaba la falta - que había padecido en vida- de los dedos de un pie.

En esta dirección, el antropólogo Leroi Gourhan¹⁴ sostiene que toda creación humana es la respuesta a una restricción, nosotros diríamos a una falta. Por tanto, la identificación de cuáles son las restricciones que afectan a la invención tecnológica permite construir una teoría adecuada para explicar lógicamente la génesis y la transformación de las técnicas. Según este autor, la evolución marca por igual al hombre físico y a los productos de su cerebro y de sus manos. De ahí que es viable trazar un paralelismo entre la curva de la evolución humana y la de la técnica. Por otra parte, desde la biología, científicos como Dawkins¹⁵ defienden la inconveniencia de conceptualizaciones absolutas acerca del hombre. Tal pretensión, afirman, se sostiene en una arraigada idiosincrasia propia de nuestra mentalidad discontinua o discreta que considera que sólo se puede conocer a partir de la postulación de clasificaciones rígidas.

Otro de los tópicos principales a indagar a los fines de esclarecer el asunto, se encuentra en la relación del hombre con la técnica, pues de acuerdo a cuál sea el vínculo serán los modos posibles de control sobre aquella. En otras palabras: ¿la técnica hace al ser del hombre, o bien es algo que se añade en forma accidental y accesoria? De acuerdo a cómo entendamos ese vínculo será nuestra concepción de lo humano, y de este modo, podremos determinar si nuestro destino queda ligado o no al de la tecnología. En ese sentido, el registro histórico nos ha provisto de evidencia de cómo los procesos humanos se encuentran emparentados con algún estadio tecnológico o técnica.¹⁶

En el ámbito de la filosofía, reconocemos también destacados pensadores que han reflexionado en esa dirección, un ejemplo es Stiegler, quien sostiene en *La técnica y el tiempo. El pecado de Epimeteo*¹⁷ que esa condición de falta o carencia se encuentra en estrecha vinculación con el origen de la técnica misma. En otras palabras, hombre y técnica se co-involucran. Según Stiegler, una vez clausurada la evolución cortical del hombre la evolución de lo vivo continúa por medios distintos a la vida. Otros pensadores, en cambio, tal el caso de Heidegger, orientan la reflexión sobre la técnica hacia un preguntar metafísico que consideran más originario, como es el de las relaciones

¹⁴ Leroi-Gourhan, A, *El hombre y la materia*, Taurus, Madrid, 1988, p. 13.

¹⁵ Dawkins, R., *El capellán del diablo*, Gedisa, México, 2008, p.36.

¹⁶ Por ejemplo, las concepciones de lo humanos herederos de la filosofía griega, del renacimiento humanista, la de la Modernidad y en las últimas décadas, como si se tratara del reverso de las anteriores, del fin de la excepción humana junto a las formas de post-humanismo y transhumanismo.

¹⁷ Stiegler, B., *La técnica y el tiempo*, Cultura libre, País Vasco, 1994.

del ser en el mundo.¹⁸ En efecto, el *Dasein* o *ser ahí* heideggeriano encuentra en la técnica otro modo del ser en el mundo, el cual se da a través de distintas estructuras existenciales. A su vez, estas dos concepciones coinciden al contraerse a una visión bastante extendida de la técnica como simple medio o instrumento puesta a disposición del buen entender y deseos de los hombres. En esta última posición, el hombre crea la técnica, pero no se encuentra involucrado por ella, ya que se trata de algo externo a él, producto de su capacidad creadora. Es decir, la existencia de la misma no hace más que reafirmar un rasgo de la condición esencial de lo humano. Desde tal visión antropocéntrica de la técnica, el hombre es dueño y señor de sus creaciones, mientras que aquella, por estar a su servicio, es considerada valorativamente neutral.

Con estas tres breves descripciones sobre la relación entre hombre y técnica no pretendemos, de ninguna manera, haber agotado los modos de entender la relación, valen sólo como ejemplos con los que se ilustra la complejidad del asunto, pues consideramos que toda vez que se intenta conceptualizar lo humano va de suyo la conceptualización de la técnica y viceversa. No adherimos a la versión instrumentalista de la técnica, pues está muy lejos de poder explicar cómo la tecnociencia se ha constituido en una combinación poderosa que ha producido toda suerte de modificaciones rápidas y continuas: trastocando las costumbres, las relaciones sociales, los modos de comunicación, el acceso a la información, la espacialidad y la temporalidad; aspectos básicos sobre los que se construye nuestra psique y nuestra biología. Y esto ha sido posible, desde el momento en que lo humano y lo técnico se vinculan de modo esencial y no accidental.

A modo de conclusión provisoria

Tales concepciones teóricas no hacen más que apoyar la viabilidad de esta caracterización que privilegia, frente a la durabilidad de ciertos rasgos, la maleabilidad extrema de lo humano, la cual históricamente se manifiesta en un continuo re-inventarse. Ahora bien, tal disponibilidad supondría, paradójicamente, la imposibilidad misma de una caracterización conceptual de lo humano a través de alguna dotación positiva de rasgos, ya que todos los que se han venido postulando se revelaron, con el tiempo, insuficientes o limitantes. En efecto, si recorremos la tradición filosófica nos encontramos con un extenso catálogo de definiciones de lo que constituye lo humano. Están aquellas que focalizan la atención en la exclusividad de ciertas propiedades poseídas y que nos permiten diferenciarlo de los animales, como por ejemplo la racionalidad, el hombre como ser dotado de logos. Otras, en

¹⁸ Heidegger, M., *La pregunta por la técnica*, Del Serbal, Barcelona, 1994.

cambio, lo diferencian a partir de su disposición para entrar en relaciones normativas con otros, el hombre como animal político. Están también aquellas que reconocen la peculiar conciencia que el hombre posee respecto a su finitud, ya que es el único animal que sabe que va a morir. También encontramos las que reconocen que es el único animal que modifica en forma radical su propio entorno, pues crea cultura mediante la cual se distancia en forma progresiva y continua de la naturaleza de la que ha surgido.

Ahora bien, aquello que habilita la maleabilidad y que conduce desde el plano conceptual a que sólo contemos con nociones provisorias sobre su naturaleza, podría ser entendido como producto de una incompletud esencial y originaria de lo humano. En otras palabras, el hombre es aquel ser que se caracteriza por una carencia esencial, falta que nunca será subsanada y que habilita continuas modificaciones. No obstante, consideramos que aun apoyando la tesis de la incompletud esencial, no se sigue por ello que estemos dispuestos a aceptar cualquier cambio, pues la cuestión acerca de la decisión sobre los límites sigue pendiente y ahora en un sentido mucho más radical, pues – a diferencia de Jonas- no sería porque llegamos a un nivel de evolución óptimo que ya no debiera tocarse, sino precisamente al contrario, porque tenemos serias dudas acerca de si el estadio al que nos condujo la evolución debe ser conservado sin más. Lo que si consideramos imprescindible conservar es la libertad adquirida, la cual nos permitirá seguir decidiendo sobre qué queremos ser de acuerdo a lo que podemos hacer.